

DON FERMIN MENDOZA MATA A SU MESTIZO

PARA JOSE MARIO BOSCH

SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

NOTA

El documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en el Area de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

tad, pero más caística que un tibey—continuaba el borracho dentro de su diálogo feroz.

El colono se daba cuatro traspies trágicos por la sala, bajo el tufo agorero de un quinqué. La saliva le había podrido un pedazo de la barba por donde le colgaba la baba verde de su borrachera. Se le encandilaba la rasquiña del cuerpo ya sin voluntad para bañarse:

—En Europa nos decían que aquí había oro hasta en las mazorcas del maíz. ¡Oro!, ¿comprendes?

—Entiendo, pai.

—Yo traía una bolsa de cuero del grande de un becerro, para llenarme bien la tripa. ¡Oro! ¡oro!, Sí aquí lo único que vale es la caña fistula. ¡Oro!, ¡oro!, del que dejó el loro, mi hijo.

La furia le crispaba la mano contra el cuello de la demesana. Aquel último trago lo partía. El mestizo cargaba al viejo hasta una cama óxida, entumecida por el grajo de trescientos sudores. Allí se ponía a velarle los ronquidos al viejo por miedo a que lo matara la pataleta. El hijo no podía menos de dirigir una mirada de admiración a su putativo. A pesar de la barba raspiñosa, del pelo emplegostado por el sucio de una vida de blasfemias, había todavía en aquella frente rebelde un fruncimiento de mando. Aquella mirada del hijo era un barreno

